

CRÓNICA DE UN EXILIO: AUGUSTO ROA BASTOS EN FRANCIA

*Jean Andreu*¹²

Hablar, a estas alturas, del exilio francés de Augusto Roa Bastos es remontar medio siglo de mi vida que dediqué en gran parte a transitar por la literatura hispanoamericana. El testimonio muy personal que sigue es una especie de cronología-memoria de las relaciones que Roa Bastos estableció y mantuvo con Francia, particularmente en Toulouse, un episodio de su vida del que me consta haber sido un testigo muy cercano.

La historia empieza así. A fines de junio de 1969, viajé por primera vez a Buenos Aires con la intención de investigar sobre la literatura fantástica argentina. Antes de mi partida recibí consejos y recomendaciones por parte de amigos para facilitar mi primer contacto con el ambiente porteño. Desde París, Julio Cortázar me señalaba «gente potable»: Paco Porrúa, Paco Urondo, Alejandra Pizarnik, Rodolfo Walsh, Olga Orozco... y que de vuelta le trajera discos de Falú y de Atahualpa. Desde París también, Rubén Bareiro Saguier insistía en que me encontrara con Augusto Roa Bastos, a quien yo no conocía todavía, y que lo hiciera por intermedio de Evelio Fernández Arévalos y de Carlos Pilo Franco, paraguayos exiliados en Buenos Aires desde hacía más de veinte años, ambos abogados y muy amigos de Roa Bastos.

Además de mi trabajo de investigador, traía conmigo dos proyectos extraprofesionales, secretos y entrañables: asistir a un partido de fútbol y visitar la tumba del tolosano más célebre de Argentina, Carlos Gardel. El partido de fútbol al que me llevaron Evelio y Pilo

¹² Jean Andreu ha sido docente e investigador en la Universidad de Toulouse-Le Mirail, Francia. Redactor de la revista *Caravelle* de la misma universidad. Ha escrito sobre Roa Bastos, Bareiro Saguier, Borges, Cortázar, Armonía Somers, Felisberto Hernández, Rafael Barrett. Su más reciente publicación es *Cortazarianas*, compilación comentada e ilustrada de sus artículos sobre Julio Cortázar (Madrid: Del Centro Editores, 2016).

fue en la Bombonera, un Boca Juniors - River Plate que finalizó 2 a 1.

A la tumba de Gardel, en la Chacarita, me llevaron también Evelio y Pilo, y esta vez nos acompañó Augusto Roa Bastos, que a último momento quiso juntarse con nosotros. Según me comentó después, a Augusto le pareció sumamente insólito que lo primero que hiciera todo un investigador francés al llegar a Buenos Aires fuera inclinarse ante el sepulcro de un cantor de tangos. Después de saludar a Gardel, con el pucho entre sus dedos de bronce, a poca distancia nos detuvimos, a pedido de Augusto, ante la tumba de la Madre María, una famosa santona y adivina local, personaje principal de una película que acababan de rodar y de la que Augusto había sido guionista. De modo que ese mismo día y en un momento, Roa Bastos, sin saberlo todavía, se vio enfrentado a su pasado porteño con la Madre María y a su futuro exilio en la Toulouse de Carlos Gardel.

Durante los tres meses de mi primera estadía en Buenos Aires, con Augusto nos vimos muy a menudo, en su casa con su compañera Amelia o en casa de amigos comunes. Las conversaciones versaban casi siempre sobre *Yo el Supremo*, la novela en la que estaba enfrascado de un modo casi obsesivo. Recuerdo, por ejemplo, que parte de nuestro intercambio se refería a la Revolución francesa de la que Gaspar de Francia era adicto. Le proporcioné algunos datos sobre este evento francés y, más tarde, desde Francia, le envié dos o tres libros sobre el mismo tema. Estos episodios pasaron después a la ficción de la novela, con la figura de un personaje apócrifo, preso y confidente del Supremo en materia de Revolución francesa: el catalo-galo Charles Andreu Legard, una mezcla anagramática de Carlos Gardel y de este servidor.

Otro tema muy presente en la conversación era Paraguay, al que Augusto se refería con discreta nostalgia, entre humor y gravedad, y velada ternura entre palabra y palabra.

Cuando regresé a Toulouse, seguimos carteándonos. Intercambiábamos noticias y comentarios sobre lo que estaba escribiendo y sobre sus proyectos. De vez en cuando me enviaba fragmentos de *Yo el Supremo* pidiendo mi parecer. Le contestaba con respetuosas consideraciones, algunas de las cuales tuvo a bien tomar en cuenta, como en el caso del episodio sobre Manuel Belgrano. Este largo

intercambio dio lugar a una correspondencia abundante y literariamente interesante.

Nos volvimos a encontrar en Buenos Aires en 1972. Augusto estaba revisando las pruebas de *Yo el Supremo* con la ayuda de Evelio y de Pilo. La situación política argentina se ponía cada vez más tensa y por primera vez contemplamos la posibilidad de que viajara a Francia. De regreso a Toulouse empecé, con el apoyo decisivo del director del Departamento, el profesor Paul Mérimée, los primeros trámites para conseguirle a Augusto un puesto de profesor asociado en nuestra universidad.

En 1974 fue la publicación, con gran éxito, de *Yo el Supremo*. Coincidimos con Augusto en Asunción, en una de sus limitadas y vigiladas estancias en el Paraguay de Stroessner. Allí dimos la última mano a su expediente académico, y a principios de 1975 llegó su nombramiento. Por razones de salud, tuvo que postergar su venida. Pero al año siguiente, renovado su nombramiento, viajó a París con su compañera Amelia.

A comienzos de setiembre de 1976, Jean Andreu y yo fuimos a Orly a esperar a Augusto. Llegaba con un año de retraso, por causa de un infarto [...] Durante varios días estuvimos conviviendo en compañía del querido amigo Jean en mi departamento parisino de la calle Chanaileilles [...] Luego Augusto se marchó a Toulouse, acompañado por Jean, que había sido el artífice de su venida.¹³

La llegada de Roa Bastos a París coincidió con la publicación de la traducción francesa de *Yo el Supremo*, realizada por Antoine Bertran, en la que participé marginalmente. Esta versión francesa fue presentada en el Centro Pompidou en presencia de su autor, el traductor y varios colegas concedores de la obra. También estuvo presente Gabriel Casaccia, que estaba casualmente de paso por París.

A mediados de octubre, Augusto y Amelia viajaron por fin a Toulouse y se alojaron en mi casa a la espera de su domicilio definitivo. Allí empezó a familiarizarse con la ciudad, con el ambiente de la universidad y trabajó con su traductor en la versión alemana de *Yo el Supremo*. En noviembre se mudó a un apartamento que encontró en el Mirail, cerca de la universidad.

13 Bareiro Saguier, Rubén. *Augusto Roa Bastos*. Montevideo: Trilce, 1989.

Las primeras actividades académicas de Augusto fueron unas clases sobre literatura y sobre *Yo el Supremo*, que figuraba en un programa nacional de oposiciones (*agrégation*), lo que le dio la oportunidad de una gira de conferencias por varias universidades francesas en las que yo solía acompañarle.

Su otra actividad fue la creación en Toulouse de una cátedra de guaraní que vino a complementar la cátedra de náhuatl, creada por Georges Baudot, en la que enseñaba Iris Giménez, futura compañera del escritor. En sus primeros años tolosanos, Augusto se dedicó a sus clases, escribió poco —algunos artículos literarios o políticos, algún cuento— y retomó, sin concretarlos todavía, sus antiguos proyectos de novelas como *El fiscal* o *Contravida*. A pesar del afecto de su familia y de sus amigos, sufría cada vez más la nostalgia por su lejano país. La obtención del Premio Cervantes en 1989 pareció darle un nuevo impulso. Escribió cuatro novelas en cuatro años, estrechó sus relaciones con España, donde viajó muy seguido y, tras la caída de Stroessner regresó a Paraguay y fue recibido con todos los honores. En 1996 abandonó definitivamente Toulouse para radicarse en Asunción. La última vez que lo vi fue al año siguiente, en uno de mis viajes a Paraguay, en casa de Evelio Fernández Arévalos. Vivía muy retraído y aislado, en condiciones morales y materiales muy precarias. Prácticamente, había dejado de escribir.